

ELEMENTOS DE LA ANARQUIA HISPANOAMERICANA

Desaparecidos los grandes Libertadores, la caterva de teorizantes revolucionarios, que los había combatido a muerte, se enseñoreó de los destinos de Hispanoamérica, y los jugó locamente en una cruenta orgía de estúpidos doctrinamientos demagógicos.

El republicanismo democrático hispanoamericano ha sido el más largo y total ensayo de anarquización política y social realizado hasta ahora en la historia del mundo.

La anarquía republicana ocupa casi toda la vida independiente de nuestras naciones. Los intervalos los llenan las dictaduras personalistas de numerosos caudillos militares y civiles, dictaduras que no hicieron otra cosa que preparar nuevos períodos de anarquía sangrienta, volviendo odioso a los pueblos todo principio de autoridad, exacerbando su furioso espíritu individualista y libertario, provocando la represalia y la venganza y destruyendo así toda conciencia de moral política en que poder fundamentar un sistema de organización social y un orden jurídico.

Por circunstancias especiales, que adelante estudiaré, Chile constituye una excepción al respecto. Aquí la anarquía duró apenas cuatro años, y la relativa paz interna de que ha gozado la nación le permitió alcanzar, durante el siglo XIX, un desarrollo político y jurídico que no alcanzaron las otras Repúblicas hermanas del Continente.

Al afirmar que el republicanismo democrático produjo la anarquía hispanoamericana estoy haciendo simplemente un juicio histórico del pasado.

La democracia, tal como fué implantada en Hispanoamérica, llevó a nuestras naciones al desorden y a la anarquía. No quiere decir esto que el desorden y la anarquía sean necesariamente el inevitable producto de la democracia. Quiere decir, sencillamente, que, dadas las condiciones étnicas e históricas de Hispanoamérica, su implantación aquí fué un grave error político, que trajo consecuencias fatales para nuestros pueblos. Quiere decir que nuestros pueblos no estaban preparados para la democracia, y así lo entendieron Bolívar, Sucre, San Martín, Belgrano y todos los más eminentes caudillos de la Independencia.

La democracia constituyó, pues, el caldo político propicio para el desarrollo de los gérmenes de anarquía que existían en nuestros pueblos, elementos históricos y raciales de rebelión y de desorden que permanecían dormidos o sometidos bajo el sistema de gobierno español, paternal y autoritario, y que, con la guerra de la Independencia, despertaron violentos, siendo encauzados en ella por la férrea disciplina militar y por el genio de los grandes caudillos como Bolívar; pero que, una vez desaparecidos éstos e implantada la república democrática, no encontraron un dique a su impulso disociador, sino, por el contrario, los principios del individualismo liberal fueron la puerta abierta a todas las tropelías y abusos de su indómita y destructora potencialidad.

Varios son los elementos humanos que se conjugaron en Hispanoamérica para producir un estado de completa anarquía, cuando con el implantamiento de las libertades democráticas se les proporcionó el ambiente propicio a su desenvolvimiento y desarrollo.

Debe señalarse, en primer lugar, la *barbarie indígena*, con su doble proyección, *sanguínea* y *social o ambiental*, sobre los descendientes mestizos.

Llamo *barbarie indígena* al conjunto de deficiencias psíquicas y morales, propias de pueblos cuyo proceso de evolución mental se encuentra retrasado.

España, con un alto espíritu religioso y con un profundo sentido humano, de humanismo cristiano, no vió en América

únicamente un campo de explotación de riquezas, como lo viera el genio mercantilista de Inglaterra.

El genio misionero y católico de España vió, sobre todo, a la humanidad de América, al *homo americanus*, a los pueblos infieles que había que convertir, que civilizar y que salvar, porque para el humanismo español —como dice Maeztu— «todos los hombres pueden ser buenos, y no necesitan para ello sino crecer en el bien y realizarlo», y ésta era la idea española que Diego Laínez hacía triunfar en Trento, salvando así la unidad moral del género humano.

A Inglaterra no le importó el hombre de América, sino únicamente el territorio y sus riquezas. Visto que el indio era rebelde y débil para el trabajo, se decretó su exterminio, y se trajo esclavos blancos y negros para explotar las peleterías y pesquerías de la Nueva Inglaterra.

El verdadero móvil de la colonización española fué —como dice Encina— «la necesidad vital de engendrar nuevos pueblos». España trajo a América sus leyes, sus instituciones y su espíritu. Su política fué de *expansión nacional*, expansión de España misma, de su cultura y de su sangre. La política inglesa fué de *expansión colonial*.

Esta política cristiana y antirracista de España determinó la conservación de grandes poblaciones indígenas y la mezcla de razas, dando lugar a la mestización en gran escala. España realizó una obra gigante en el proceso de incorporación de estas masas indígenas a la civilización y a la cultura. Pero este proceso no es obra de tres siglos.

España no se equivocó al emprender la tarea de redimir a las razas indígenas de su barbarie ancestral, ni cuando, desconociendo absurdos prejuicios racistas, mezcló su sangre generosa con la sangre de los aborígenes de América.

La posición fundamental de España frente al indio era la única noble y verdadera. Y la ciencia moderna ha venido a darle toda la razón.

La tan discutida superioridad racial del blanco y la pureza racista no pasan de ser ahora un mito político y social, que todos los cientistas y antropólogos rechazan.

«Si la tan decantada inferioridad de los mestizos existe

realmente —dice Julián Huxley—, es mucho más posible que sea el producto de una atmósfera social desfavorable en la que han crecido que el efecto biológicamente nada frecuente de su herencia mixta» (1). «Todo grupo civilizado que conocemos ha sido híbrido —argumenta Ralph Linton—, hecho que destruye clamorosamente la teoría de que los pueblos híbridos son inferiores a los de pura cepa» (2).

Los antropólogos modernos llegan incluso a negar la existencia de razas, y consideran que este concepto no corresponde a ninguna realidad biológica.

Después de hacer un estudio de cada uno de los caracteres físicos que han servido de criterio para la diferenciación racial: color de la piel, color y forma del ojo y del cabello, estatura, forma de la nariz, índice cefálico, etc., Ruth Benedict concluye negándoles todo valor racional. A la misma conclusión se ha llegado respecto a los *grupos sanguíneos*, descubrimiento de los esposos Hirszfeld, que en un tiempo se creyó que servirían para distinguir a unos pueblos de otros, justificando la existencia de diferentes grupos biológicos dentro de la especie humana, o sea lo que se ha dado en llamar *razas*.

Julián Huxley ha llegado a afirmar, en una sesión de la British Association, que «el término *raza* estorba al progreso de la antropología» (3).

«La raza —escribe Ruth Benedict en su obra citada— es una abstracción, incluso tal como la define un genetista, y definida estadísticamente por un antropofísico es una abstracción todavía mayor» (4).

Desde el punto de vista biológico parece estar comprobado claramente que no existen caracteres físicos que dife-

(1) J. S. Huxley: *Eugenics and Society*. Galton Lecture, Eugenic Society, Londres, 1936.

(2) Ralph Linton: *The Study of Man*. New-York, D. Appleton, Century, 1936; pág. 34.

(3) Citado por Lipschutz en su obra *El Indocamericanismo y el problema racial en las Américas*. Editorial Nascimento, 1944.

(4) Ruth Benedict: *Raza, Ciencia y Política*. Ediciones del Fondo de Cultura Económica, México.

rencien esencialmente a unos pueblos de otros, determinando los diferentes grados de cultura y de evolución social que en ellos se advierte.

Para determinar si estas diferencias podían explicarse por la existencia de caracteres psíquicos distintos se recurrió a la realización de *test* en individuos de las diferentes razas y aun de la misma raza. Estos *test* dieron resultados contradictorios. Y entonces se creyó poder sentar que «la aptitud hereditaria no se distribuye por razas, y que, cuando las condiciones del ambiente son iguales para grupos distintos, el resultado medio es también similar» (5).

Esta afirmación, sin embargo, no tiene una base lógica segura, porque la contradicción entre los resultados de los *test* puede explicarse por la interferencia de influencias ambientales cuya existencia no se opone a la existencia de caracteres psíquicos raciales.

La única conclusión exacta que puede sacarse de esta experiencia de los *tests* es el fracaso que afirma Brigham: «Con los *test* de que disponemos no pueden llevarse a cabo estudios comparativos de diversos grupos nacionales y raciales. Especialmente, uno de los más pretenciosos de esta clase de estudios (el del propio Brigham) carecía de fundamento» (6).

Por otra parte, es innegable la existencia de caracteres psíquicos propios de cada pueblo, que, como en el caso de los judíos —dispersos en el espacio y en el tiempo—, persisten tenazmente a través de los cambios mesológicos, y no se explican si no es por la herencia racial.

Una conclusión racional será, pues, negar a los caracteres hereditarios un valor absoluto y supeditarlos decisivamente a las influencias exteriores del medio ambiente. El profesor Lipschutz, en su obra *El indoamericanismo y el problema racial en las Américas*, llega a esta conclusión cuando dice: «Nadie puede negar las diferencias espirituales entre las distintas agrupaciones raciales a través del mun-

(5) Ruth Benedict: *ob. cit.*, pág. 100.

(6) Citado por Ruth Benedict.

do. Sin embargo, el hecho de que tales diferencias existan no es contrario a nuestra tesis de que casi la totalidad de las razas humanas se presentan semejantes en cuanto a la posibilidad de dar desarrollo a un tipo cultural, en sentido individual o colectivo, que corresponda al promedio cultural de nuestra raza blanca. Además, y esto me parece fundamental para la discusión de las diferencias espirituales que hay entre las distintas razas humanas, sería por el momento muy difícil, o mejor dicho, imposible, establecer científicamente hasta dónde estas diferencias espirituales están determinadas por condiciones inmanentes biológicas o raciales genéticamente estables, y hasta dónde por las condiciones tan variables del ambiente.»

La fórmula científica de esta conclusión sería tomándola del mismo Lipschutz: «Fenotipo *plástico*, determinado no sólo por la ciega ley biológica del genotipo, sino también por las leyes humanas, sociales, colectivas, y en su forma más sublime, por las leyes de la sociología científica.» Es decir, fenotipo plástico determinado no sólo por el genotipo, sino también por los factores ambientales (7).

Estas conclusiones antropológicas son esperanzadoras para Hispanoamérica por cuanto establecen la fundamental capacidad del indio para incorporarse a la cultura por un proceso rápido de educación y mediante un cambio de sus actuales medios de vida y condiciones sociales.

Mas en cuanto a las deficiencias psíquicas y morales del indio, que constituyen un elemento de anarquía en nuestras naciones, sean determinadas por condiciones raciales genéticas o por factores ambientes o por ambos a la vez, el hecho es que dichas deficiencias persisten en las masas y núcleos de población indígena, convirtiéndolos en carne de revueltas y de explotación.

A su vez, en el mestizo se advierten también ciertos ca-

(7) *Genotipo* es el conjunto de los factores hereditarios existentes en el óvulo fecundado.

Fenotipo es el conjunto de los caracteres propios de la especie o del individuo.

caracteres de retraso mental y moral, que pueden explicarse, en parte, por herencia de las razas oscuras (india y negra), y, al mismo tiempo, relacionarse con el menor o mayor acercamiento y convivencia de la población mestiza con los grupos indígenas, acercamiento y convivencia que constituyen un factor ambiental de influencia decisiva en la conservación de tales caracteres recesivos.

¿Cuáles son estas deficiencias psíquicas del indio y estos caracteres de atraso mental y cultural del mestizo?

El naturalismo rousseauiano produjo en el siglo pasado un interés inusitado por el conocimiento y estudio de los pueblos primitivos. Las regiones apartadas de la civilización, donde los hombres se conservaban en el más puro estado de naturaleza, se convirtieron en atracción principal de novelistas, filósofos y científicos, y allá se dirigieron en busca de la comprobación de la teoría lanzada por el famoso relojero de Ginebra. Viajeros ingleses, franceses, yanquis y alemanes recorrieron América de Norte a Sur y de Sur a Norte para descubrir la bondad natural de los indígenas. En sus libros de viaje nos dejaron la pintura de unos indios nobles, inteligentes y pacíficos, dueños de la sabiduría filosófica de la sencillez y de un sentido moral más elevado que el del hombre civilizado, al cual deben ellos todos los males que padecen, porque el blanco sólo vino a corromperlos y a explotarlos.

Uno de estos últimos científicos viajeros —Carl Lumholtz—, que recorrió Méjico en tiempos de Porfirio Díaz, afirma, en su voluminoso libro *El Méjico desconocido*, que del contacto con los blancos los indios sólo han sacado perjuicios. «En verdad —escribe—, siente tristeza el etnologista al pensar cuán por completo destruyeron los frailes españoles las antiguas costumbres en el curso de pocos siglos. Hicieron a los paganos olvidar los profundos pensamientos de sus primitivas ceremonias, a la vez misteriosas y públicas, sustituyéndolos con la aparatosa ostentación de las fiestas católicas sin el sentimiento cristiano. No quedan ya sino confusos residuos de las ideas y esplendor de los antiguos tiempos. Entonces, cualquier movimiento, el menor

fragmento de adorno, aun la tela misma, tenían objeto y significación especiales; ahora se ha embotado la inteligencia de la raza, y los indios viven degradados y pobres.»

Esto no es más que torpe romanticismo naturalista. Explicar el atraso y la barbarie de los indígenas por la explotación de que los hacen objeto los blancos, además de ser una necedad histórica, desde el punto de vista de la lógica constituye un verdadero círculo vicioso, porque la barbarie indígena es anterior a la llegada de los blancos, y a ella se debe precisamente que éstos puedan explotar fácilmente al indio. Gracias a ella, el indio permanece indefenso frente a su explotador, incapaz, en su ignorancia y puerilidad, de hacer valer sus derechos, aunque tenga a su alcance los medios jurídicos para ello.

La causa del atraso del indio hay que buscarla entonces en el mismo indio, en sus defectos, en sus deficiencias psíquicas y morales. Hay que desechas como falsas y perjudiciales esas pinturas románticas que convierten al indio en un dechado de inteligencia y moralidad.

Por otra parte, escritores como Sarmiento y Carlos Octavio Bunge, aunque errados en sus orientaciones antropológicas, han tratado a fondo el problema racial de Hispanoamérica, con amor nacionalista, pero sin absurdos romanticismos, y sus observaciones etnológicas de los caracteres biopsíquicos de nuestros pueblos son exactas y valederas, seguramente porque no fueron hechas por simple curiosidad turística o snobismo científico, bajo los auspicios de determinadas teorías filosóficas de última moda, sino con un criterio más independiente y a impulsos de un sincero interés patriótico por ayudar a resolver los problemas de nuestros pueblos.

El ensayo más vigoroso y completo sobre la psicología social hispanoamericana es la obra *Nuestra América*, de Bunge. Su base científica es errada, sus apreciaciones sobre filosofía de la historia pecan a veces de tendenciosas; pero los rasgos fundamentales de los cuatro elementos raciales que componen la población de nuestra América están fielmente captados, y aunque incurre en cierta exageración de los de-

fectos y el cuadro se recarga de tintes oscuros y pesimistas, en general en la descripción de los diferentes tipos étnicos el verismo triunfa y la realidad social queda iluminada por luces inteligentes.

Bunge señala dos rasgos típicos comunes en la psicología del indio americano: el *fatalismo* y la *venganza*. Ambos son formas o caracteres propios del primitivismo humano.

El fatalismo resulta del miedo del hombre primario a las fuerzas oscuras de la naturaleza para él desconocidas e incontrolables y a cuyo imperio se somete, orientando hacia ellas su primer elemental sentimiento religioso, hasta confundirlas con la misma divinidad. Los dioses de los pueblos primitivos representan por esto a esas fuerzas de la naturaleza, y sus religiones son necesariamente fatalistas.

El fatalismo convertido en sentimiento religioso constituye un obstáculo formidable para la evolución y el progreso humanos. De aquí que sólo pueda ser vencido cuando pierde ese carácter religioso, es decir, cuando la religión fatalista es sustituida por una religión liberalista como la cristiana.

La pereza y la desidia achacadas al indio por viajeros y cronistas no son otra cosa que ese fatalismo primitivista que obstinadamente señala Bunge. «La propensión al odio y a la desidia —escribe Juan de Ulloa en su informe secreto para Carlos IV— es la misma en los indios de la Luisiana y del Canadá que en los del Perú y partes meridionales de América, ya sean civilizados o gentiles.» Y el agente francés en Caracas, M. F. Depons —citado por Sarmiento—, observa: «El indio se distingue de la manera más singular por una naturaleza apática e indiferente, que no se encuentra en ningún otro.»

Es corriente explicar este apatismo y sometimiento de los pueblos indígenas como un resultado de los tres siglos del llamado coloniaje español. Esta interpretación no es más que una consecuencia del falso concepto romántico de la Historia que señalé al principio, y supone que los indios eran libres antes de la llegada de los españoles, y que después de luchar inútilmente en defensa de su libertad fueron

vencidos y sometidos a esclavitud por sus crueles conquistadores.

La realidad histórica es otra, y bien distinta, sin embargo. Antes de llegar los españoles, los indios estaban sometidos a una esclavitud mil veces peor que la que pudieron sufrir después bajo el dominio de España. Tanto los Emperadores Incas como los Aztecas ejercían sobre los pueblos vecinos, y aun sobre su propio pueblo, una sangrienta y bárbara tiranía. Si Hernán Cortés pudo acabar con el imperio de Moctezuma fué porque encontró en los pueblos que lo rodeaban los más numerosos y decididos aliados, que deseaban libertarse a toda costa de la horrenda esclavitud en que los tenían sumidos sus buenos vecinos los aztecas. La colonización española elevó al indio a un nivel superior de vida y de cultura, porque le dió una religión de libertad y le reconoció un estado jurídico, no sólo igual al del español, sino hasta privilegiado en muchos aspectos. Y esto es tan cierto, que después de la independencia los indios solicitaron y obtuvieron de Bolívar que se les restituyera al antiguo régimen del *tributo* español, porque les resultaba menos gravoso que los impuestos y gabelas establecidos por la República. Los pueblos indígenas fueron organizados con los mismos fueros municipales de las ciudades españolas y tuvieron sus propios alcaldes indígenas. Que estos derechos no fueron mera teoría lo demuestran las muchas peticiones de los indios que fueron atendidas por los Reyes. En el siglo XVII, los habitantes del pueblo indígena de Subtiava (Nicaragua), descontentos de pertenecer a la jurisdicción de León, se dirigen al Rey pidiéndole que los independice de ella. El Rey los oye y crea en Subtiava una nueva jurisdicción con gobierno autónomo. «Lo que hoy lleva el nombre de conciencia cívica —comenta el historiador nicaragüense Luis Alberto Cabrales—, en esa época tal vez no tenía nombre ni adjetivo, pero se encontraba fuertemente arraigada en los indios y mestizos.»

«Como corolario del fatalismo es digno de notarse —escribe Bunge— la tristeza de los indios americanos.»

La tristeza es un rasgo indígena tan característico que

se ha convertido en tema imprescindible cuando se habla del indio, de su alma, de su música, de su poesía. Esta tristeza proviene de la misma sumisión a las fuerzas misteriosas de la naturaleza, de las sombras que nublan el alma del indio bajo el peso de sus divinidades tiránicas y vengadoras y de sus aterradoras teogonías. Aun en el indio cristiano persiste ese temor a la naturaleza. Y es que la naturaleza americana es tremenda, subyugadora, invencible para el hombre que no tiene la cultura y los medios de civilización con que imponer su imperio humano. El indio de nuestra América, que permanece aún en el más duro estado de miseria espiritual y material, se encuentra indefenso frente a esta naturaleza agresiva y aplastante. El misterio de la selva sigue pesando sobre su espíritu. El indio sigue siendo un infante de la civilización, torturado por temores supersticiosos, acosado por los instintos primarios que el hombre civilizado ha logrado someter a su razón.

La *venganza*, el otro rasgo característico señalado por Bunge, es también un resabio de primitivismo, «es una forma del instinto conservador de la especie, forma que toma caracteres violentos en todos los pueblos primitivos de vida azarosa y precaria» (8).

No hay nada más tremendo que el odio del indio, porque un oscuro sentimiento de venganza se mueve tras él y lo vuelve feroz, tenaz e implacable. No se puede esperar que desaparezca con el tiempo. A través de los años el odio perdurará con el sentimiento de venganza que lo anima, y cuando esta venganza llegue será terrible y espantosa.

«En términos amplios y esquemáticos —explica Bunge— diríase que el indígena de América es, o exágeradamente fatalista o exágeradamente vengativo. Tenemos, pues, que el alma del hombre americano podría representarse por una esfera que se ensancha entre dos polos extremos, el Fatalismo y la Venganza, condiciones que, si bien son generales y humanas, presentan en él ya una, ya otra, tal tensión, que

(8) Carlos Octavio Bunge: *Nuestra América*, pág. 133.

impugnan, dominan o absorben todas las demás tendencias de su psicología» (9).

La observación particularizada de cada uno de los diferentes grupos étnicos indígenas hace resaltar estos caracteres sintéticos.

El historiador boliviano Alcides Arguedas, refiriéndose al indio *aymará* del altiplano de su patria, lo describe como «duro, rencoroso, egoísta, cruel, vengativo y desconfiado». Tiene «una concepción siniestramente pesimista de la vida», y para él «no existe sino el dolor y la lucha». «Sojuzgado por diferentes creencias contradictorias, enteramente sometido al influjo material y moral de sus yatiris, de los curas, patronos y funcionarios públicos, su alma es depósito de rencores acumulados de muy atrás...»

«Hoy día, ignorante, degradado, miserable, es objeto de la explotación general y de la general antipatía. Cuando dicha explotación, en su forma agresiva y brutal, llega al colmo y los sufrimientos se extreman hasta el punto de que padecer más sale de los límites de la humana abnegación, entonces el indio se levanta, olvida su manifiesta inferioridad, pierde el instinto de conservación y, oyendo a su alma repleta de odios, desfoga sus pasiones y roba, mata, asesina con saña atroz. Autoridad, patrón, poder, cura, nada existe para él. La idea de la represalia apenas si le atemoriza y obra igual que el tigre de feria escapado de la jaula. Después, cuando ha experimentado ampliamente la voluptuosidad de la venganza, que vengan, soldados, curas, jueces, y que también maten y roben, ¡no importa!» (10).

El Dr. Manuel Gamio, Jefe del Departamento Demográfico del Ministerio de Gobernación de México, refiriéndose a la población indígena de su patria, señala a su vez esas mismas taras psicológicas como factores básicos del atraso del indio: «La inferioridad que presentan los elementos de cultura material e intelectual en los grupos rurales y en los aborígenes de las regiones aisladas, es debida a que

(9) Bunge: *ob. cit.*, pág. 134.

(10) Alcides Arguedas: *El pueblo enfermo*, pág. 55.

los procesos mentales que originan esos elementos han evolucionado poco en el campesino y casi nada en el indio; ambos piensan de manera bien distinta de como lo hacen las clases urbanas cultas, cuya vida —como ya se expuso antes— está regida por principios científicos. La más grande dificultad con que tropieza la obra de salubridad en tal medio es la actitud fatalista de los habitantes ante las enfermedades y la muerte, pues creen, supersticiosa y firmemente, que siendo ésta y aquéllas la expresión de cólera, venganza y castigo de entidades sobrenaturales, es inútil acudir a otra defensa que no sea la de contentarlas para tenerlas gratas.»

Y estas observaciones sobre los indios mexicanos son valederas para todas las poblaciones indígenas de América.

«Se hace, por lo tanto, necesario —agrega el Dr. Gamio— no sólo sustituir los anacrónicos elementos culturales aborígenes y campesinos por otros más modernos y eficaces, sino que hay que procurar su reorientación psicológica después de haber explorado y estimulado su mentalidad, en lo referente a dichas entidades y su actuación» (11).

Insisto en que la consideración del indio y del mestizo como elementos humanos de anarquía no implica aceptar su pretendida inferioridad racial o incapacidad biológica para la cultura. Esta inferioridad e incapacidad no existen, pero existe el atraso mental y cultural de nuestras poblaciones indígenas y mestizas, y ello se debe preponderantemente a los factores mesológicos de carácter social, geográfico, económico y político.

Por otra parte, es falso que en iguales condiciones históricas (político-sociales), todos los pueblos darían un promedio semejante de tipo cultural. Esta afirmación, aparentemente justa y verdadera, hecha así, sin limitaciones, en forma general, conduce a lamentables equivocaciones, porque la idiosincrasia de cada pueblo y su diferente grado de evolución mental exigen diversas condiciones históricas, diversa organización político-social, diversos métodos educa-

(11) Dr. Manuel Gamio; *Algunas consideraciones sobre la salubridad y la demografía en México*, México, 1939.

tivos, para poder obtener el mayor rendimiento intelectual y moral del individuo y de la colectividad. Pretender civilizar al indio colocándolo en las mismas condiciones políticas, jurídicas y sociales en que se encuentra actualmente el hombre civilizado; pretender tratar a pueblos infantiles de la Civilización de la misma manera que a los pueblos ya adultos, copiando para aquéllos las instituciones de éstos, es un disparate sustancial que la más elemental Sociología y Pedagogía rechazan. Sin embargo, este disparate mayúsculo se ha cometido y se sigue cometiendo en Hispanoamérica.

El proceso de evolución mental de un pueblo no es cuestión de unos pocos años. Indudablemente los métodos y medios de la civilización moderna permiten acortar en algunos aspectos este proceso, y el bárbaro actual pasará directamente de la Edad de Piedra a la Edad del Hierro, como ha ocurrido con la tribu de los *Nambikwaras* del Brasil, que hasta 1907 en que fueron descubiertos usaban todavía hachas de piedra, y tres o cuatro años después todos estaban provistos de instrumentos de hierro modernos. Pero esto que sucede en el aspecto material de la Civilización, no pasa igualmente en el orden espiritual.

Las observaciones hechas con individuos que han sido sacados de su barbarie y transportados a un centro civilizado donde se han incorporado sin grandes dificultades a la Civilización, no son valdezas para todo un pueblo. La barbarie colectiva presenta una resistencia incomparablemente mayor que la del individuo aislado. Este encontró ya un medio ambiente propicio que le rodeó completamente, y por ley humana biológica tuvo que adaptarse a él para no permanecer aislado, ya que otra cosa sería contrariar la íntima naturaleza social del hombre. Pero tratándose de todo un pueblo el caso es al revés, porque el medio ambiente es opuesto y hay que luchar contra él.

No se puede crear de repente el ambiente civilizado. Es necesario una gradual transformación del ambiente bárbaro, transformación lenta y difícil porque hay que luchar contra una resistencia colectiva.

Por otra parte, si es justo y científicamente necesario

negar toda pretendida inferioridad racial y reconocerles a todos los pueblos una igual capacidad física y espiritual para la cultura, es absurdo negar el estado de barbarie en que se encontraban los indios a la llegada de los españoles, y en que todavía se encuentran grandes grupos de ellos, que constituyen un elemento considerable en la población de Hispanoamérica.

Es absurdo ese exagerado respeto hacia el hombre primitivo a que son dados ciertos antropólogos filosofantes.

Sucede a estos científicos que se enamoran del objeto de su estudio y se enferman de romanticismo naturalista. Estableciendo comparaciones simplistas entre el hombre primitivo y el civilizado, llegan a concluir que aquél es más humano y más lógico que éste. Por el mismo proceso algunos naturalistas, después de estudiar la vida de las abejas y de las hormigas, han llegado a exponer sus dudas sobre si estos animalitos no son en realidad más sabios e inteligentes que los hombres.

El profesor Lipschutz, en su por otra parte valiosísima obra ya citada, se deja llevar por esta tendencia de romanticismo científico. «A muchos entre nosotros —escribe— repugnan ciertas formas sociales y morales de la cultura indígena centro y sudamericana, como los sacrificios humanos, las divisiones jerárquicas muy pronunciadas, la servidumbre tal vez en muchos casos. Sin embargo, no debemos olvidarnos que se sacrificaba simultáneamente también en España, y no sólo a corderos, sino a auténticos seres humanos, aunque herejes, moros y judíos.»

Este argumento sirve para demostrar la relatividad de la noción de salvaje, o sea que el europeo tiene tanto derecho de llamar salvaje al indio como éste al europeo. Aunque como este argumento podrían citarse miles. Por ejemplo: ¿en qué se parece un salvaje a un hombre civilizado? En que ambos comen, en que ambos caminan, en que ambos tienen guerras, en que ambos matan y se emborrachan y gritan y bailan. Conclusión: el hombre civilizado es un salvaje.

Otro argumento curioso lo da Malinoski, citado por el mismo Lipschutz. Se trata de un inteligente y simpático ca-

añibal que se asombraba de que los europeos pudieran consumir tanta carne como muertos había en la guerra que se desarrollaba en aquel momento. Y su asombro llegó al colmo cuando Malinoski, indignado, negó que los europeos se comieran a los muertos, pues entonces el buen canibal preguntó escandalizado: ¿Qué clase de bárbaros son los europeos que se dedican a matar por matar, sin objeto alguno? Y aquí el asombro del canibal se queda pequeño ante el asombro de Malinoski: ¿Quiénes son más salvajes, los europeos o los canibales? A Malinoski le dan ganas de hacerse canibal.

El mismo Lipschutz se enternece ante unas bellezas *boto-cudas* (indígenas del Brasil) torpemente satirizadas por un racista alemán, y declara: «A base de mi propia experiencia puedo asegurar al lector que estas rústicas niñas botocudas son a lo menos tan bellas y simpáticas como las rústicas niñas de Baviera, del Baden, del Rhin y de otras partes de Alemania.»

Como experiencia personal del profesor Lipschutz, no hay derecho a dudar de su palabra. «Si gustos no hubieran», dicen en mi tierra. Y basta de ejemplos. Si he querido referirme a este afán romántico de sublimar al salvaje hasta colocarlo por encima del civilizado es por el peligro que encierra para la propia obra de civilización del indio, porque por este camino la única conclusión lógica será la de que el indio es tan civilizado o más que el blanco, y entonces, ¿para qué empeñarse en sacarlo de su estado actual?

Y a esta conclusión han llegado ciertos grupos de los llamados *indigenistas* o *indoamericanistas*, tanto en el orden político como en el orden social y cultural, y tratan de resucitar las antiguas lenguas, mitos y costumbres bárbaras, rechazando como extranjeros los valores culturales hispánicos, cuya negación implica la negación de las raíces mismas de la Civilización Occidental que España arraigara en nuestro Continente, y en la cual y por la cual se forjaron nuestras nacionalidades y nacieron nuestros pueblos a la Historia y a la Libertad.

En este afán racista de revivir los atavismos bárbaros, han llegado a ridiculeces lamentables, como la de los indi-

genistas brasileños al publicar una revista bajo el sugestivo nombre de *Antropofagia*.

Sin desconocer los valores espirituales que el pasado indígena puede ofrecernos para la elaboración de un Arte y de una Cultura autóctonos, debemos considerar que el indio, en su actual estado de atraso mental y de barbarie o semi-barbarie, constituye un elemento de anarquía y que es necesario tratar urgentemente de incorporarlo a la Civilización, sometiéndolo a un estatuto jurídico especial y a un régimen paternal de tutela del Estado que garantice en nuestras naciones la estabilidad política y social necesaria para su desarrollo y progreso integrales.

* * *

Al igual que la del indio, la barbarie del negro constituye otro elemento de anarquía en Hispanoamérica.

Veinte millones de negros fueron traídos a América para servir como esclavos. En nuestros pueblos, a diferencia de Estados Unidos, esta población africana se mezcló con la población criolla e indígena, y su influencia —aunque reducida a determinadas zonas— es considerable.

Bunge señala como cualidades típicas del negro el *servilismo* y la *infatuación*.

El negro es más comunicativo que el indio, y la influencia de su primitivismo bárbaro ha sido relativamente mayor. Su resistencia a la Civilización Occidental no es puramente pasiva, sino que su barbarie es en cierto modo expansiva, y en Estados Unidos esta expansión de barbarie africana ha llegado al colmo, cuando un negro, el famoso Father Divine, ha logrado hacerse adorar como Dios.

En nuestra América la influencia anarquizante del negro se ha desarrollado, sobre todo, en el sentido de la inmoralidad sexual, y se señala por un desbordamiento de la lujuria que destruye la estabilidad social y provoca una hiperestesia colectiva, ambiente propicio al crimen y el desorden.

Si el indio bárbaro es un vengativo, el negro bárbaro es un lúbrico.

* * *

La barbarie del indio y del negro se proyecta en sus respectivos mestizajes, en parte por transmisión sanguínea, pero sobre todo por influencia social ambiental. Tanto en el mulato (mestizo del blanco y del negro) como en el ladino o cholo (mestizo hispanoindio) perseveran ciertos caracteres recesivos que convierten a las poblaciones mestizas en elementos humanos de difícil adaptación a una Cultura social y política, elementos propicios al desorden y a la anarquía.

Para Bunge, el mulato es «impulsivo, falso, petulante, irritable y veleidoso como una mujer, lleno de argucias y dobleces, ambicioso y arrivista».

En cuanto al mestizo hispanoindio, señala el escritor argentino tres caracteres genéricos, de los cuales dos encuentro acertados: a) *inarmónica psicológica*, o sea una cualidad y desequilibrio de su personalidad, que sólo en la madurez encuentra sosiego y equilibrio, y b) *falta de sentido moral*. El tercero, que él llama *semisterilidad degenerativa*, es una consecuencia de su errado concepto del mestizaje como algo contrario a la naturaleza en los casos de hibridismo, o sea de mezcla de razas no afines o específicamente diversas. Estas teorías de pureza racial, como vimos, están completamente refutadas por la ciencia moderna.

Veamos cómo resaltan estos caracteres en el cholo que nos pinta Arguedas: «El cholo político, militar, diplomático, legislador, abogado o cura, jamás y en ningún momento turba su conciencia preguntándose si un acto es o no moral, entendiéndolo por moral la armonía de actividades en vista del bienestar general, porque únicamente piensa en sí y sólo para satisfacer anhelos de gloria, riqueza u honores a costa de cualquier principio, por sobre toda consideración, ferozmente egoísta e incomprensivo.

El cholo de las clases inferiores o descalificadas es holgazán, perezoso y con inclinaciones al vicio...

En el cholo leído y de sociedad estas predisposiciones in-

natas se manifiestan por la inclinación a vivir de una ocupación rentada por el Estado y haciendo gala de las cualidades que se imagina poseer. Son de inclinación invencible a la duplicidad y a la mentira, a la astucia y a la intriga» (12).

Esta pintura es tal vez un poco exagerada, por cuanto solamente señala los defectos sin indicar las buenas cualidades compensatorias. Pero es indudable que nuestras poblaciones mestizas presentan graves defectos colectivos que les impiden adaptarse completamente a un clima de libertad política y social como el que se ha querido establecer en nuestras repúblicas. La inestabilidad es la ley de su vida bajo las fuertes influencias ambientales de la barbarie indígena.

La organización social fruto de la Conquista colocó al mestizo como un escalón intermedio entre el blanco dominador y el indio dominado. El concepto de raza, que no existe en el orden antropológico, existe, sin embargo, como concepto social; como un prejuicio clasista si se quiere, por otra parte no injustificado, porque responde a una realidad histórica, cual es la inferioridad cultural del indio, pero que, conservado a través de los siglos, ha servido para mantener la influencia social de la barbarie indígena en las masas mestizas, de tal manera que éstas nunca han podido dejar de considerarse afectas en parte al indio y a todo lo que él representa.

Las masas mestizas, debido a su parentesco con el indio, han estado sujetas a un complejo de inferioridad colectivo que les ha impedido afirmarse en su propia personalidad étnica y cultivar sus propias virtudes sociales. Este complejo se formó necesariamente por el hecho de la convivencia del mestizo con el blanco y con el indio. El blanco representaba para el mestizo la civilización y la fuerza; en el indio veía la barbarie y la debilidad. Por eso, asemejarse al blanco es motivo de orgullo y la sangre indígena es causa de un sentimiento de inferioridad.

El filibustero James Carson Jamison, que estuvo con Walker en Nicaragua (1856), refiriéndose a las mujeres de

(12) Alcides Argueda: *ob. cit.*

«las familias que conservan las costumbres aristocráticas de sus antepasados españoles», cuenta: «Varias veces, al dirigirse a una de estas hijas de Castilla tomándola por criolla, instantáneamente protestaba ella con indignación: ¡Soy castellana pura!»

El cronista filibustero dice aquí criolla por mestiza. La orgullosa criolla tomaba a mal que la creyeran mestiza, aunque seguramente la sangre castellana no correría muy pura por sus venas, pues a estas alturas, 1856, ya no quedarían en Nicaragua sino muy pocas familias españolas que no hubieran entroncado con mestizos.

Squier, el viajero yanqui que estuvo en Nicaragua en 1849, señala el mismo rasgo de orgullo en las muchachas del pueblo: «La muchacha criolla, a pesar de los siglos y a pesar de que su sangre ha sido alimentada por cien fuentes distintas, todavía se apega con orgullo a la pronunciación musical y líquida de sus antepasados andaluces; y en una réplica indignada a una propuesta inaceptable, con el gesto de una catarina (13) y el labio de una reina, responde: ¡Soy una castellana!»

Aunque se niegue la raza como una realidad biológica, no puede negarse como una realidad social, que ha tenido influencia decisiva en la psicología de nuestros pueblos y en su proceso de evolución mental.

* * *

En lo que se refiere al criollo, o sea al español americano descendiente de españoles, hay que señalar que en su proceso de adaptación a las nuevas condiciones mesológicas, sufre ciertas influencias nocivas que introducen un desequilibrio en su personalidad. En el trópico, sobre todo, estos cambios psicofísicos son notables. Willy Hellpach, profesor de la Universidad de Heidelberg, los estudia en su interesantísima obra *Geopsique*, bajo el nombre de *biostenia tropical*. La biostenia tropical, según Hellpach, se caracteriza por una

(13) Catarina es un pequeño pueblo de Nicaragua.

«disminución irritante de la vitalidad general de todas las funciones orgánicas y sacudida débil de todo el equilibrio del sistema. Según las circunstancias y las predisposiciones personales, puede ocurrir que el elemento irritación sea el que prepondere en el cuadro sintomatológico de la biostenia. Aparecen, además del cansancio, signos chocantes de grave excitación, como ataques de cólera, el llanto, los gritos, la furia, incluso violencias contra otros hombres.»

Por otro lado, «el calor del suelo produce un acusado estado de placer, que puede llegar a convertirse en euforia voluptuosa».

Por una parte, irritabilidad, tendencia a la cólera y a la violencia, y por otra, pereza y tendencia al fatalismo, son elementos psicológicos propicios al desorden y a la anarquía. Bunge señala tres caracteres comunes propios de los criollos hispanoamericanos: *pereza, tristeza y arrogancia*. La pereza y la tristeza son fruto de las influencias del ambiente físico.

Lo que Bunge llama *arrogancia* no es, en realidad, sino una manifestación del individualismo español. Ese vigoroso individualismo que es a la vez un defecto y una virtud. Una virtud, como afirmación del derecho inalienable de libertad y personalidad humanas, limitado por el derecho de los demás y por el Bien Común dentro del Orden Moral y del Orden Jurídico. Un defecto, como exaltación del individuo por encima de toda conciencia y ordenamiento sociales; exaltación que lo convierte en origen del derecho, en centro y fin de todo Orden Jurídico, y, entonces, el individualismo se alza como impulso disociador, provocando la lucha del uno contra el otro, que es la anarquía entre todos y la tiranía del más fuerte. Y no es que los pueblos sean manadas de borregos sin personalidad. Al contrario: es que el individualismo, al justificar la suma exaltación de las individualidades, de las personalidades, engendra *tiranos*, porque el tirano es la más alta realización individualista y la tiranía la suma de todos los poderes individuales. Por otra parte, el pueblo no está contento con el tirano. Lo tolera porque cada uno le da la razón, porque cada uno aspira a realizar su pro-

pio individualismo al extremo, es decir, cada uno tiene vocación de tirano, cada uno aspira a su propia libertad y a su propio despotismo, y por eso es fácil al tirano mantenerlos divididos y gobernar bajo la consigna: «Divide et impera». En nuestras patrias hay *conciencia individual* de la libertad; pero no hay *conciencia social* de la misma.

Lo que nuestros pueblos no toleran nunca es la debilidad en el poder, la falta de personalidad del que tiene en sus manos la posibilidad de realizar su individualismo y no lo realiza.

El conquistador trajo, pues, de España su poderoso individualismo hispánico, que al ser trasplantado a tierras de aventura se desarrolló formidablemente, adquiriendo proporciones colosales de inconcebible heroísmo y haciendo así posible la maravillosa gesta de la Conquista. Sólo las geniales individualidades de Cortés, de Pizarro, de Balboa y cada uno de los heroicos capitanes y soldados que formaron el reducido grupo de conquistadores, eran capaces de llevar a cabo la tremenda hazaña de explorar y someter los inmensos territorios del continente americano. Sólo ese vigoroso individualismo hispánico puede explicar que unos cuantos miles de españoles hayan forjado y mantenido aquel inmenso Imperio que abarcaba los más distantes confines de la tierra.

Pero ese mismo individualismo, cuando dejó de actuar en función del ideal hispánico, subordinado a las fuerzas históricas nacionales dentro del Orden Católico y monárquico tradicional, se convirtió en factor de disolución y de discordia.

Los conquistadores habían dado muestras furiosas de rebeldía. Muchas veces su individualismo se exaltó hasta el extremo y se sublevaron aun contra el mismo Rey. Es asombrosa la audacia con que en 1561 Lope de Aguirre se dirige a Felipe II: «Te aviso, rey español —le dice tuteando al monarca—, que tus reynos de las Indias tienen necesidad de justicia y de equidad para tantos y tan buenos vasallos como en ellos moran. En cuanto a mí y a mis compañeros, no pudiendo sufrir más las crueldades de tus oidores, virreyes y gobernadores, nos hemos salido de hecho de tu obediencia y nos hemos desnaturalizado de nuestra patria que

«es España, para hacerte aquí la más cruel guerra que nuestras fuerzas nos consientan.» Y agrega: «En estas tierras damos a tus perdones menos fé que a los libros de Martín Lutero» (14).

El espíritu de fidelidad a la Monarquía, por los ideales nacionales que ella representaba, fué, sin embargo, siempre más fuerte que este indomable individualismo.

Mas cuando la Monarquía deja de representar esos ideales, el mismo individualismo que antes fuera factor de la grandeza de España se convierte en el más poderoso agente de la disolución de su Imperio. La unidad no puede mantenerse por más tiempo. Ni siquiera pueden conservarla entre ellas las provincias de América independizadas de la Madre Patria, como lo hicieron las colonias inglesas en el Norte. La independendencia hispanoamericana no es solamente la separación de España, es un desmoronamiento total como el desgranarse de una mazorca de pueblos. No es un movimiento de las provincias americanas contra la metrópoli, sino muchos movimientos. No una sola gran independendencia, sino muchas pequeñas independencias. Y todavía después de 1821, el proceso de desmoronamiento seguiría dentro de las mismas patrias independientes. Todos quieren ser independientes unos de otros, y en Centroamérica se llega hasta el ridículo de dividir la ya pequeña patria, recién separada de México, en cinco minúsculas repúblicas.

Y es que la Independencia no fué otra cosa que el estallar del individualismo español, perdida la fuerza centrípeta del ideal hispánico que unificaba aquel inmenso Imperio. Por eso el proceso de la independendencia no terminó con la separación de España. Siguió allí en América con la separación entre sí de las provincias que formaban el Imperio mexicano, la Gran Colombia y el antiguo Virreinato del Río de la Plata, y es el mismo proceso que en España alienta aún bajo el separatismo vasco y catalán.

El individualismo español vino a ser así para los pueblos hispanoamericanos un fermento de anarquía, porque en el

(14) Cf. S. de Ispizua: *Los vascos en América*. T. V.

momento en que se separaron de España, ese individualismo se encontraba descontrolado, fuera de los moldes políticos tradicionales que lo habían encauzado y que fueron destruídos al romperse la continuidad histórica del ideal hispánico.

* * *

Así la barbarie del indio y del negro, la inestabilidad psicológica del mestizo, el individualismo y la pereza del criollo sometido a perniciosas influencias mesológicas, todos estos elementos de disolución y de discordia, gracias al ambiente histórico-político propicio que les prepararon ciegamente los románticos ideólogos que se apoderaron de los destinos de nuestras patrias nacientes, se han conjugado en Hispanoamérica para producir una tremenda era de anarquía que ha retrasado lamentablemente el proceso de evolución histórica de nuestros pueblos.

En el momento crítico de nuestra independencia, cuando el genio de los grandes Libertadores comprendió el peligro de abandonar todas esas fuerzas disociadoras a su loco impulso en un clima de libertad, cuando las masas de soldados, que habían peleado la guerra gloriosa de la independencia, comenzaban a convertirse en azote de los mismos pueblos libertados y sus jefes de las jornadas heroicas en capitanes de facciones de rebeldes, en ese momento difícil en que la anarquía empezaba a aflorar y era necesario reajustar a sus viejos cauces tradicionales los descontrolados elementos humanos de nuestro complejo organismo social, en ese momento precisamente se realiza la Revolución que las circunstancias históricas favorecieron desgraciadamente. Fue la revolución de los *liberales* contra los *Libertadores*. Y éstos, vencedores en cien combates, fueron vencidos en esta última batalla, tal vez la más importante, porque en ella se jugaba para muchos siglos el destino político de Hispanoamérica.

EL CASO DE CHILE.

Bajo el Imperio español, Chile no pasó de ser una provincia de segundo orden perteneciente al Virreinato del Perú. Tierra inhóspita, relativamente pobre y habitada por una raza guerrera que nunca pudo ser sometida por el conquistador ni por el misionero, la patria de los indómitos araucanos no supo de los esplendores de una Lima virreinal —cortesana y amable—; pero sí de la lucha secular y agotadora a través de una prolongada gesta de conquista.

Con la independencia, al igual que las demás Repúblicas hispanoamericanas, entra Chile en un período de agitación y anarquía. Pero este período dura apenas diez años, y luego asistimos a su rápido desarrollo y crecimiento como nación. Le vemos afirmar su nacionalidad afianzando sus instituciones políticas y culturales, organizar su economía, extender su comercio, fortalecer su ejército y su marina y ensanchar las fronteras de la patria con guerras afortunadas, plantando su bandera victoriosa en la orgullosa Lima y enriqueciéndose con la anexión de nuevos territorios.

Mientras las más ricas provincias del antiguo Imperio español se destrozaban en la anarquía, en la angosta faja de tierra chilena —más rica en rebeldías que en oro y metales preciosos, menos pródiga de riquezas que dilapidadora de ellas y de sangre española— se forjaban los poderosos vínculos políticos y espirituales de una vigorosa unidad nacional, fecunda en hermosas realidades de progreso histórico.

Y así, Chile, en el breve espacio de un siglo, dejó atrás a casi todas las demás naciones hispanoamericanas y alcanzó un desarrollo político y cultural que encierra una lección y un ejemplo para ellas.

¿Cómo explicar este dispar desarrollo histórico entre naciones de un mismo origen étnico y político y de un simultáneo proceso ontogenético?

Dos son las causas fundamentales que han determinado el auge de Chile entre las naciones hermanas del continente:

I. La menor proporción de elementos étnicos anarquizantes en su composición social y popular.

II. La falta de un clima político propicio al desarrollo de estos gérmenes de anarquía por la eliminación de los peligrosos excesos del romanticismo democrático y de los brotes demagógicos, obra ésta de la dictadura civil de Portales y de la oligarquía aristocrática que continuó la obra del genial estadista, manteniendo a la República bajo las realistas normas portalianas de gobierno.

En las páginas anteriores señalé los elementos humanos de la anarquía hispanoamericana y dejé establecido que aunque el factor raza no tiene un valor antropológico de capacidad o incapacidad humanas para explicar los diferentes grados de cultura y evolución de los pueblos, tiene sin embargo un valor sociológico y mesológico por su influencia social y ambiental.

En Hispanoamérica no se puede decir que haya existido ni existe *racismo*, o sea barreras de carácter racial, repugnancia física y espiritual del blanco para el indio y el negro. La conquista española fué eminentemente antirracista y cristiana, y nuestros pueblos son predominantemente mestizos. Pero la realidad histórica de la inferioridad cultural del indio, identificó el concepto físico de raza con el concepto de clase social, porque en la inevitable estratificación clasista, fruto de la organización feudal de la Conquista, el indio tuvo que quedar necesariamente debajo del blanco y constituir la clase mayoritaria servil (siervos de la gleba, campesinos) y el mestizo la clase intermedia (empleados y artesanos).

Esta diferenciación clasista ha ido desapareciendo junto con la pureza racial del blanco por obra de la creciente mestización; pero su influencia ambiental ha sido decisiva en la evolución mental de nuestras masas populares.

La mestización, al mismo tiempo que absorbía al blanco puro, absorbía también al mestizo puro, es decir, al fruto inmediato del cruzamiento entre el blanco y el indio. Este cruzamiento se fué haciendo cada vez más raro, porque los

blancos de uno y otro sexo eran atraídos preferentemente por los mestizos antes que por los indios. De aquí que los primitivos tres grupos étnicos: blancos, indios y mestizos, han tendido a desaparecer para formar dos grandes grupos de mestizos: mestizos que por su mezcla con los blancos han ido disminuyendo su porcentaje de sangre india y aumentando el de sangre blanca, por lo que podríamos llamarles *mestizos blancos*, y mestizos que por mezclarse con los indios han sufrido en sus porcentajes de sangre blanca e india un aumento y disminución a la inversa de los primeros, y que, por tanto, podemos llamar *mestizos indios*.

Desde luego, en algunos países quedan grandes núcleos de población indígena pura; pero la tendencia general es la de esta mestización en el doble y opuesto sentido que he señalado.

Hay países en que predomina la mestización blanca, como Chile, Argentina y Costa Rica. En otros, como Nicaragua, el elemento indígena ha sido casi totalmente absorbido y predomina el *mestizo indio*, y con la necesaria inmigración están entrando a un proceso de mestización blanca. En cambio, en los países que, como México, Perú y Guatemala, tienen grandes poblaciones de indígenas puros, es la *mestización india* la que tiene que prevalecer por mucho tiempo (la mestización negra en el caso del Brasil), a menos que se contrarreste con una fuerte inmigración blanca.

Tenemos, pues, que el proceso de mestización de los pueblos hispanoamericanos se ha orientado en dos direcciones distintas: una, hacia el blanco, y otra, hacia el indio, pues la mezcla directa del blanco con el indio ya no se da sino muy raramente.

De aquí que mientras una parte de la población mestiza ha sido influída cada día más por la sangre y por la cultura blancas, la otra ha sido influída por la sangre y el pobre ambiente social de las masas indígenas que aún se conservan en estado de barbarie o semibarbarie. Y esta diferente influencia ha tenido un valor decisivo en la diferenciación del progreso cultural de unos pueblos y otros y en la diferenciación de clases sociales en un mismo pueblo.

El prejuicio que existe en Hispanoamérica contra el indio no es de carácter racista, pero sí de carácter clasista, y este prejuicio clasista tiene —como antes dije— una profunda raíz histórica en el hecho mismo de la Conquista, en la superioridad cultural del conquistador español sobre el indio conquistado. Es imposible destruir esta realidad histórica que ha influenciado inevitablemente la psicología tanto del blanco como del indio y del mestizo. La ley del espectro de los colores raciales de que habla Lipschütz en su libro sobre *Indoamericanismo y el problema racial en las Américas*, no es en realidad otra cosa que este prejuicio clasista.

Cuando hablo de prejuicio clasista no quiero condenar la existencia de clases sociales. Me refiero a esa mentalidad odiosa de desprecio para las clases de cultura inferior, a ese insoportable orgullo de falsa aristocracia, que considera que la elevada posición social da a quien la posee todos los derechos y no le impone ningún deber, mientras que los individuos de las otras clases han sido criados para servir y obedecer al privilegiado aristócrata.

La secular explotación del indio lo mantuvo en su posición servil de clase campesina. El mestizo, colocado socialmente entre el blanco y el indio, vino a constituir un obstáculo más en la elevación social de este último; vino a aislarlo más del blanco y a colocarlo un peldaño más abajo en la escala social. Sobre el indio hubo así otro desprecio más: el del mestizo; y el blanco, al despreciar a su vez al mestizo, tuvo que duplicar su desprecio para alcanzar con él al indio.

Este prejuicio clasista de tan hondas raíces históricas no podrá ser vencido sólo con la protección del indio por parte del Estado para librarlo de la explotación de que es objeto y elevarlo a un nivel más alto de vida y de cultura. Indudablemente que con esta protección jurídico-social y esta acción educadora del Estado se ha de conseguir mucho; pero la total incorporación de las poblaciones indígenas a la Civilización y a la Cultura sólo se llevará a cabo al completarse el proceso de mestización que se está operando en nuestros pueblos. Cuando las grandes masas indígenas sean absor-

bidas totalmente y se logre en cada país una homogénea población mestiza.

Y éste es el caso de Chile. El mayor caudal de sangre blanca y la considerable disminución de la población indígena produjo aquí un rápido proceso de mestización.

La enconada y secular resistencia de los araucanos obligó a España a enviar a Chile continuos refuerzos de soldados. «El Gobierno español —escribe Encina— había restringido a lo estrictamente indispensable la emigración a América, para evitar el despueblo de la Península, y de acuerdo con la política de la época había cerrado el continente al extranjero, temeroso de perderlo. La guerra de Arauco obligó a cambiar esta política respecto de Chile. Se mandó a este país cuanto refuerzo de soldados se pudo reunir desde Tierra Firme a Lima y Paraguay y cuanto contingente fué posible distraer de las guerras de Europa» (15).

Algunos datos tomados del mismo Encina y de la *Historia de Chile*, de D. Luis Galdames, nos dan una idea de esta corriente de sangre blanca que afluyó a Chile. A fines del siglo xvi la población de Chile era de 2.400 españoles, 480.000 indios, 17.000 mestizos y 5.000 negros (16). A fines del siglo xviii Chile tenía medio millón de habitantes, sin contar 100.000 indios araucanos que se mantenían en su territorio independiente. Este medio millón se repartía así: 200.000 individuos de raza blanca, entre españoles y criollos; 20.000 esclavos negros y mulatos y 280.000 mestizos (17).

Casi en la misma época, a principios del siglo xix (1810), según apreciaciones estadísticas de D. Francisco Navarro y Noriega, había en la Nueva España 3.678.281 indios, 1.338.706 mestizos y 1.097.928 europeos (18). Es decir, que en una población total de seis millones, más de la mitad

(15) *Historia de Chile*, por Francisco A. de Encina, pág. 192. Editorial Nascimento, 1941.

(16) Encina: *ob. cit.*

(17) Luis Galdames: *Historia de Chile*. Edit. Zig Zag, 1944.

(18) Citado por Humboldt en su *Ensayo político sobre Nueva España*. T. 1.º, pág. 128.

eran indios puros, y sólo la sexta parte eran blancos. En cambio, en Chile, de un total de 600.000 habitantes, sólo la sexta parte (100.000) eran indios, y la tercera parte eran españoles y criollos.

En cuanto a la rápida disminución de la población indígena, los datos históricos nos dicen que en 1590 aún quedaban en Chile 600.000 indios; en 1610, o sea sólo veinte años después, no pasaban de 480.000. Y a fines del siglo XVIII se habían reducido a 100.000.

Como causas de esta disminución tan rápida del elemento indígena, señala Encina las siguientes:

- 1) Mortandades por hambre, tifus y viruelas.
- 2) Decrecimiento de la natalidad debido a la muerte de indios jóvenes en las guerras y a la ausencia permanente de los varones de sus hogares.
- 3) Los efectos directos e indirectos de la misma guerra.

A estas causas hay que añadir una muy importante: *la mestización*.

Fijémonos que según los datos atrás citados, a fines del siglo XVI hay en Chile únicamente 17.000 mestizos en una población de 500.000 habitantes, y ya a fines del siglo XVIII, dos siglos después, en una población de 600.000, hay 280.000 mestizos indios y unos 20.000 mulatos, es decir, que la mitad de la población es mestiza.

Este elevado índice de mestización no es alcanzado por México sino hasta nuestros días, pues a comienzos del siglo XIX, según vimos, la Nueva España contaba apenas con 1.338.706 mestizos en una población de seis millones, es decir, que sólo la cuarta parte eran mestizos; y es hasta ahora, en este siglo, que sube esta proporción a la mitad, con la última estadística de 1932, que da 8.504.561 mestizos para un total de 16.800.000 habitantes.

Tenemos que concluir, pues, que en Chile ha habido un rápido proceso de mestización que ha absorbido a la población indígena.

Las estadísticas citadas por el profesor D. Moisés Poblete Troncoso en su libro *Problemas sociales y económicos de América Latina* (ediciones de la Universidad de Chile,

1936), arrojan los siguientes datos actuales sobre las diferentes poblaciones indígenas de las Repúblicas hispanoamericanas:

Argentina	3	por 100 de indios.
Bolivia	50	por 100 » »
Ecuador	20	por 100 » »
Guatemala	60	por 100 » »
México	28	por 100 » »
Perú	5	por 100 » »
Colombia	7	por 100 » »
Costa Rica	0,5	por 100 » »
Chile	2	por 100 » »

Basándose en estas estadísticas, se ha propagado la creencia de que los pueblos como el chileno, que tienen un menor porcentaje de población indígena, pertenecen en su mayoría a la raza blanca. Conclusión absurda y falta de lógica. El menor porcentaje de indios no demuestra otra cosa que una rápida absorción de la población indígena, es decir, una abundante mestización.

Ya vimos que a fines del siglo XVIII la mitad de la población chilena era mestiza. Las estadísticas actuales no señalan el número de mestizos que hay en Chile. El profesor Lipschutz, en su obra citada, opina que el 95 por 100 de la población total chilena es mestiza. «Esto lo atestiguan —expresa— instituciones verdaderamente nacionales, que reflejan en su composición racial la composición racial de nuestro pueblo, como, por ejemplo, el Ejército, y en especial el Cuerpo de Carabineros, aun en visión rápida, al observarlos muy de cerca en un gran desfile» (19).

Donald D. Brand, a su vez, afirma: «Chile pertenece, al lado de Nicaragua, Venezuela, México y Paraguay, a las naciones más mestizadas de la América Latina» (20).

(19) Para claridad del castellano me he permitido citar este párrafo corrigiendo la sintaxis.

(20) Donald D. Brand: "The peoples and languages of Chile". *New Mexico Anthropologist*, vol. V, págs. 72-93; 1941.

Una de las bases de la creencia de que la población chilena es más blanca que mestiza es el hecho histórico de que el indio araucano no se mezcló con el español, frente al cual permaneció siempre en guerra, siendo así imposible la realización del mestizaje. Ciertamente que al mestizaje chileno no contribuyó la sangre araucana. Pero en Chile no sólo había araucanos. En el Norte y Centro del país vivían los *picunches* y los *pehuenches*. Había también *diaguitas*, *quichuas* y *chinchas*. Estos indios eran pacíficos; no se resistieron a la colonización española, como los araucanos, y su sangre fué la base de la gran masa mestiza chilena.

En Chile, como dice el escritor y profesor D. Jaime Eyzaguirre, se ha creado la *leyenda araucana*, debido principalmente a la influencia de Ercilla, y se ha convertido a lo *araucano* en representativo de lo *nacional*, siendo, en realidad, el indio araucano el menos chileno de los indios de Chile, puesto que no ha dado realmente ningún aporte cultural ni de sangre a la nacionalidad chilena.

Las otras tribus indígenas de Chile desaparecieron completamente porque fueron absorbidas rápidamente en la mestización para formar el pueblo chileno. Los araucanos, en cambio, aislados al Sur del país, todavía subsisten porque no se mezclaron con los españoles y no fueron incorporados a la chilenidad. No fué sino hasta muy entrado el siglo XIX que los araucanos comenzaron a entrar abundantemente en el proceso de mestización, pero sin fuerza para modificar una nacionalidad ya formada y cimentada en la Historia.

Los datos estadísticos sobre inmigración y emigración corroboran ampliamente esta afirmación de ser la nacionalidad chilena esencialmente mestiza indoespañola. De ellos se desprende que después de la independencia, Chile no ha recibido una corriente de sangre blanca tan considerable como para absorber a la gran masa preponderante de población mestiza que dejara la Conquista española. Después de consignar estos datos estadísticos en su libro citado, el profesor D. Moisés Poblete Troncoso concluye: «El resulta-

do de las cifras demuestra que Chile no es un país de inmigración, ya que en los diez años transcurridos de 1920 a 1929 sólo quedó un excedente de 39.975 personas. Si se compara este reducido movimiento inmigratorio con la gran corriente verdaderamente inmigratoria de Argentina y Brasil, se llega a la conclusión —que hemos mencionado— de que en Chile no existe la inmigración» (pág. 54).

Fué, pues, bajo el Imperio español que Chile recibió el grueso de su inmigración blanca, que operó la mestización del país.

Esta mestización se realizó en Chile más rápidamente que en ninguna otra parte de América, debido al mayor caudal de sangre española, que se tradujo a su vez en un predominio de la influencia social y cultural de los blancos. Al independizarse de España a principios del siglo pasado, mientras en las otras naciones hispanoamericanas predominaba el elemento indígena sobre el blanco y existía un retardado proceso de mestización, Chile se encontraba con una población blanca que doblaba a la indígena y una población mestiza que la triplicaba, y que se hallaba fuertemente influenciada por la cultura europea y libre de la influencia primitivista del indio, ya que los araucanos formaban como una nación aparte, con su territorio propio e inviolable, cosa esta última que no sucedía en las otras naciones hispanoamericanas, donde las grandes masas indígenas convivían con la población mestiza, sometiéndola necesariamente a su influencia barbarizante.

Es así que en Chile no concurrieron los dos principales elementos étnicos de perturbación social que se conjugaron en el resto de Hispanoamérica para producir la anarquía que ha llenado su vida independiente, y si concurrieron fué en una proporción mucho menor que en las demás naciones, ya que, por una parte, el indio y su barbarie han permanecido aislados al Sur del país, atrincherados en su indomable fiereza (según Galdames, en 1810 sólo 3.000 indios convivían con los otros habitantes chilenos), y por otra parte, en la gran masa mestiza, sometida a un saludable proceso de amalgamación y de homogeneización con los

blancos y a la influencia moral y cultural de los mismos, fueron perdiendo fuerza y peligrosidad los caracteres psicológicos recesivos que señalé atrás, y que en otras naciones, al encontrar un ambiente favorable, consiguieron un violento y fatal desarrollo.

A diferencia de las otras patrias hispanoamericanas, Chile tuvo, pues, desde los comienzos de su vida independiente, una población mestiza relativamente homogeneizada, con un mayor porcentaje de sangre y de influencia europeas. Y esta población estaba indudablemente mejor condicionada para un normal desarrollo histórico que las poblaciones heterogéneas, con un retardado proceso de mestización de las otras Repúblicas.

La evolución de nuestros pueblos hispanoamericanos está determinada en gran parte por este proceso de mestización, gracias al cual podrán ser superados los complejos históricos y sociales de inferioridad racial y cultural. Y ya el maestro Vasconcelos había escrito en su *Indología*:

«Nuestra mayor esperanza de salvación se encuentra en el hecho de que no somos una raza pura, sino un mestizaje, un puente de razas futuras, un agregado de razas en formación. Agregado que puede crear una estirpe más poderosa que las que proceden de un solo tronco.»

JULIO YCAZA TIGERINO.

CRONICAS

